

muestra la profunda vivencia popular del culto a Santiago”.

En Guatemala tenemos el caso de don Pedro de Alvarado que se hacía llamar Comendador de Santiago sin serlo. Carlos V le concedió el honor. Y precisamente el veinticinco de julio de 1524 fundó la capital de Guatemala bajo la advocación de Santiago, debido a una visión que tuvieron sus tropas en las faldas del volcán de Agua. El escudo que Carlos V concedió a la ciudad, y que aún hoy conserva, se describió como “tres montes altos y en medio del volcán de Fuego y en lo alto el apóstol Santiago del modo que apareció en Clavijo”.

En fin, las citas serían inabarcables. En Perú, el Inca Garcilaso de la Vega recoge cómo los indígenas le contaban la aparición del “viracocha” Santiago. Otro tanto cabe decir de Chile, donde los araucanos decían haber visto a un jinete blanco, de espantoso aspecto para ellos, que ayudaba a los castellanos. Pedro de Valdivia presentó a los indígenas a sus capitanes, entre ellos el talaverano Francisco de Aguirre, pero los indios le contestaron que la figura del jinete era celestial. Todos concluyeron que se trataba de Santiago: la ciudad fundada, capital de Chile, se llamó por ello Santiago. La ciudad que, años más tarde fundara el talaverano Francisco de Aguirre en el Tucumán, se llamará Santiago del Estero. Y así tantas y tantas.

En Puerto Rico, una de las primeras iglesias se dedicó a Santiago Matamoros. Y, en fin, en Nicaragua Santiago es el patrón de las ciudades de León, la antigua capital, y de la nueva capital de Managua. En el pueblecito nicaragüense de Jinotepe, en el paraiso cafetalero de Nicaragua, el 25 de julio se celebra una magnífica fiesta en honor de Santiago, en torno a una imagen que, al parecer, llegó a mediados del siglo XVII a sus cercanas playas milagrosamente. La fiesta es



El Apóstol Santiago favorece “a los castellanos frente a los indios”.

una joya folclórica, llena de alegorías medievales castellanas mezcladas maravillosamente con danzas indíge-

nas y figuras del colorido de la selva americana.

Vamos a ahorrar otras descripciones que cansa-

rían a nuestro lector. Sirvan éstas que hemos traído como ejemplo de la adopción que los países americanos hicieron en su día de la devoción del SANTIAGO DE LOS ESPAÑOLES.

Quiero cerrar este capítulo con una referencia emocionada hacia el hombre que más ha hecho en los últimos años por Santiago y todo lo que este nombre significa. Me refiero a Juan Pablo II, el papa de los católicos y el humanista de finales del siglo XX. Con la dignidad que le caracteriza, Juan Pablo II acudió a Santiago de Compostela en 1982. Como es sabido, el próximo día 20 de agosto volverá a visitar la ciudad del Apóstol. Ello no es accidental o un mero gusto personal del pontífice. Responde a las íntimas convicciones europeístas de Juan Pablo II. Rescatar el simblismo de Santiago es imprescindible, piensa el Papa, para que Europa se reencuentre con las raíces espirituales de su historia. Las cosas de este mundo no deben ser un fin sino un medio. Lo que importa es la trascendencia y la eternidad. Este es el gran mensaje de la historia de Europa, la razón del sinvivir español y la esperanza del futuro del mundo y del universo.

Recordemos las palabras del humanista Juan Pablo II, el día 9 de noviembre en Santiago de Compostela: “Yo, Juan Pablo, hijo de la nación polaca, que se ha considerado siempre europea por sus orígenes, tradiciones, cultura y relaciones vitales; eslava entre los latinos y latina entre los eslavos; yo, sucesor de Pedro en la sede de Roma, una sede que Cristo quiso colocar en Europa y que ama por su esfuerzo en la difusión del Cristianismo en todo el mundo. Yo, Obispo de Roma y Pastor de la Iglesia universal, desde Santiago te lanzo, vieja Europa, un grito lleno de amor: Vuelve a encontrarte. Sé tú misma. Descubre tus orígenes, aviva tus raíces...”.

José María GOMEZ GOMEZ